

CUADERNOS DE ES.HUMANIDADES.LITERATURA
CUADERNO 05



Yuyu Tales, v. 2008

CUADERNOS DE
ES.HUMANIDADES.LITERATURA

<http://www.vecindiario.es>

<http://fw.endofinternet.org> (mirror)

Volumen 05, año 2008.

YuyuTales, v.2008

Recopilación de relatos de difuntos
publicados en el grupo de Usenet
es.humanidades.literatura.

Bajo licencia Creative Commons.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>

© Sobre los textos, sus respectivos autores.

© Cubierta cortesía de Sap.

ÍNDICE

Children for the future	5
Diario de un caníbal III	11
A ras de piel	19
Yuyutale marteño	22
Dolientes	26
Noche de ánimas	30
Violeta, la hija del enterrador	39
Miedo	65

CHILDREN FOR THE FUTURE

© *Bubi, noviembre 2008*
es.humanidades.literatura

El Fondo Monetario Internacional, en colaboración los gobiernos de la Unión Europea ha realizado un estudio sobre el nivel de preparación de los niños ante las previsibles dificultades que afrontarán en su vida adulta por esta crisis que se espera larga. Objeto del estudio fueron seiscientos niños de diez países y de edades comprendidas entre los dos y los ocho años. Los resultados del experimento serán debatidos hoy en el G20 y servirán de ayuda para preparar la estrategia de la nueva estructura financiera mundial.

En la primera fase del estudio, a todos los niños se les quito, desde el primer día, el postre y la merienda. Enseguida se vio que el segmento de niños con padres sin estudios (aquellos cuya combinación de años de estudios del padre y de la madre no llegan a ocho) era el que mejor se adaptaba a esta nueva situación, mientras que el de hijos de padres banqueros alcanzó la peor nota, con algunos de estos niños, un significativo 60 por ciento del grupo, intentando sobornar a las criadas

para que les dieran de mamar. Del resto, un ochenta y cinco por ciento patalearon y gritaron reclamando tanto sus postres como la merienda durante todo el tiempo que duró esta primera fase del estudio.

Los investigadores optaron entonces por analizar un cambio de comportamiento con la introducción de un elemento de mayor gravedad que les hiciera olvidar la merienda. Cada niño o niña fue introducido en el horno de la cocina y cerrada la puerta. La temperatura del horno se fijó en 180 grados y se analizaron las distintas reacciones de los niños. Casi un quince por ciento logró abrir la puerta del horno en los primeros diez segundos. Del resto, la mitad de los niños abrió la puerta del horno con una demora entre diez segundos y un minuto, permaneciendo los restantes dando patadas a la puerta pero sin lograr su propósito de abrirla, hasta que a los dos minutos se les sacó del horno. Más de la cuarta parte de estos niños, el 26,5 por ciento, salieron pitando en dirección a la puerta de la calle donde se les perdió la pista, pero la mayoría de los niños con edades comprendidas entre los cinco y los ocho años necesitaron poca atención afectiva para calmar sus nervios ya que unas simples palmaditas en la cabeza bastaron, pero el cluster formado por casi todos aquellos entre los dos y los cinco años, más un treinta por ciento de los mayores requirieron de enormes esfuerzos afectivos para lograr calmarlos y eso después de haberles extinguido algún pequeño fuego que intentaba

prender en sus ropitas. A partir del experimento del horno, la proporción de pataleos a la hora del postre y la merienda se vio reducida en un treinta por ciento .

En la segunda fase, los quinientos niños que quedaban fueron sacados de casa y abandonados en la calle, en pueblos y barrios distintos a los suyos. Como compensación o regalo, a la mitad de las niñas se les dio una muñeca y a la mitad de los chicos un coche F1 autodirigido, pero a todos ellos se les explicó su nueva situación y se les arengó a que intentaran sobrevivir lo mejor que pudieran. De nuevo, el cluster formado por los niños con padres sin educación o con ingresos mínimos, y mayores de cinco años fueron los que mejor se adaptaron a la nueva situación, copando todos los juguetes y erigiéndose en los jefecillos de las pequeñas bandas que se formaron. Si la primera noche la pasaron llorando, al día siguiente las dos terceras partes de estas bandas mostraron una mayor concienciación social, pidiendo comida mientras insultaban a los transeúntes y con un tercio de estas bandas dedicadas a lanzar piedras a los escaparares y coches.

Al finalizar la primera semana, tiempo fijado para esta segunda fase, el ochenta por ciento de los niños han desaparecido del control de los investigadores, por lo que se considera que han sabido adaptarse exitosamente a su nueva situación. El veinte por ciento restante pasarán por una escuela de readapta-

ción antes de soltarlos de nuevo a la vida en sociedad.

De este estudio ha salido como sugerencia para la nueva estructura financiera que los hornos estén más limpios, ya que todo lo demás funciona bien.

DIARIO DE UN CANÍBAL III

© *coppelius, noviembre 2008*
es.humanidades.literatura

De todas las vísceras el hígado es la más nutritiva y por ello encontrar uno en buen estado es el mejor de los hallazgos. Es rico en vitamina A, imprescindible para combatir las infecciones; y vitamina B12, necesaria para la formación de glóbulos rojos y para mantener en perfecto estado el sistema nervioso. Contiene igualmente vitamina F, que favorece la hidratación y por tanto ayuda a luchar contra las temidas arrugas; y vitamina B2, que alarga la vida de los hematíes. Es rico asimismo en vitamina B3, cuya deficiencia puede causar dermatitis, diarrea y demencia.

Al extraerlo debemos tener en cuenta que tenga un color escarlata brillante y una textura suave, es por ello que requiere ser obtenido de un ejemplar pubescente y sano.

Evitar los hígados demasiado jóvenes, pues en ellos los glóbulos rojos tienen un ciclo de vida más corto que en los adultos. Esto significa que por ellos pasa más bilirrubina.

Si el tronco celíaco se mantiene unido al hígado se secciona la arteria esplénica en su origen. Si, por el contrario, el tronco celíaco permanece con el páncreas, la seccionada es la arteria hepática, igualmente en su origen. La porta se secciona 2 cm a 3 cm por encima del páncreas. A continuación se secciona la cava, inmediatamente por encima de las venas renales, y la aorta, entre la arteria mesentérica superior y el tronco celíaco. Una vez efectuado esto se procede a la extracción.

Receta: hígado a la veneciana (Fegato alla veneziana)

Nota: La ejecución de este plato se presta a sutiles variaciones que dependen de la cultura propia del lugar o del gusto del realizador.

Preparación

En la sartén, a fuego medio/alto, caliente 3 cucharadas de aceite y añada las cebollas. Entonces, baje el fuego a medio/bajo, mezcle, tape y cueza unos 30 min. o hasta que la cebolla esté bien blanda.

Durante ese lapso de tiempo, revuelva de vez en cuando, para evitar que se dore. Mientras tanto, limpie el hígado, retirándole la membrana.

Luego, rebánelo en tajadas tan finas como un papel y retire las venas que encuentre.

Ponga a calentar, y cuando las cebollas estén listas páselas a otra fuente.

En la sartén, a fuego medio/alto, caliente el aceite restante y coloque las tajadas de hígado sin encimarlas, de ser necesario las saltará por tandas.

Fría las tajadas hasta que cambien de color, es decir no más de 1/2, por lado. Colóquelas en la fuente para presentar, eche nuevamente las cebollas en la sartén y caliéntelas a fuego medio/alto, revolviendo.

Distribuya las cebollas encima del hígado, salpimente a gusto y sirva.

Adicional: ricota fresca, queso 'provolone' rallado en escamas

Ensueño de primavera

Mi espalda descansa en una pared desven-
cijada. Es una tarde de abril, tan templada,
que por primera vez voy en camisa de manga
corta y no siento frío.

Charlo con un par de sujetos ociosos como
yo: uno se encuentra a mi izquierda, de pie,
con las manos metidas en los bolsillos. El otro
está sentado en el portal. Ocasionalmente se
levanta y se apoya en el quicio de la puerta,
luego vuelve a sentarse.

Un hombre entra y sale de la casa dedicado a alguna tarea, acompañado por un muchacho más joven que nosotros, que no dice nada. Entreveo la penumbra de la habitación. Las voces me alcanzan pero no les presto demasiada atención y supongo que rumio algún pensamiento. No sé cuál, llegan y se van.

Por el lado izquierdo al otro lado de la calle vemos acercarse dos figuras. Alguien comenta algo, del estilo de "¡Mira!", seguido de algunas risas.

Entorno los ojos -también en sueños soy un poco miope- y confirmo que se trata de la señora T. y de María, su hijita, a la que conduce de la mano. Me invade una cierta desazón: es que casi puedo adivinar lo que va a suceder en los minutos siguientes. Lo que viene sucediendo en todas partes últimamente, sin que nadie haga ya nada por impedirlo.

A medida que se acercan a nosotros observo su aspecto y trato de distinguir los detalles. Están bastante estropeadas, sobre todo la niña, con esa especie de trajecito de comunión lleno de manchas oscuras, sus zapatos negros con hebilla y el rictus de miedo mal disimulado en su mirada fija al frente.

Lo que me disgusta de verdad en ellas es su forma de caminar, como dos pavos reales: el porte erguido y altivo de la señora T. y los reproches que le hace a la niña a escondidas, con objeto de que enderece su espalda y cami-

ne más rápido. Puedo adivinarlo por el modo en que gira la cabeza en su dirección.

El rostro de la pequeña es una réplica de la de su madre. Un disimulo a la vez conmovedor e irritante. "¡Después de todo -pienso para mí- maldita sea si se dirigen a alguna parte!"

Poco a poco acabo notando que la ira se impone sobre todo lo demás.

Uno de los que está conmigo se ha metido en la casa en busca de alguna herramienta, cualquier cosa que sirva para golpear. Me escucho pidiéndole que saque un martillo que de alguna manera sé que está dentro sobre una mesa de madera. Es un martillo de gran tamaño, muy difícil de manejar por su peso. Mientras lo agito en el aire con escasa habilidad, observo en voz alta que debería hacer gimnasia y fortalecer mis músculos.

En realidad el martillo es demasiado pesado para el brazo de casi cualquier persona, y soy muy consciente de que los demás lo saben.

Una voz detrás de mí deja caer una petición: que las dejemos en paz; pero es demasiado tarde para eso. El aburrimiento se nos ha hecho esa tarde difícil de sobrellevar, y no parece que ninguna otra cosa vaya a llamar nuestra atención en los próximos minutos.

Ahora que han cruzado por delante de nosotros veo que la señora T. tiene ya hundida la parte posterior izquierda de su cabeza. Es seguro que consiguió librarse de alguna buena poco antes.

Los tres nos lanzamos animadamente en pos del rastro de tierra. Sin demasiadas prisas, casi tentados a hablar ya de otra cosa; no hay miedo de que se pierdan al final de la carretera.

A RAS DE PIEL

© *flantains*, noviembre 2008
es.humanidades.literatura

*(aún me pilla en vena,
aunque con la dosis desmadrada)*

Oscuro perverso, a ras de piel.

Niña vieja
la eufonía bronca de tu boca descarnada:
esa letanía que tanto miedo
nos daba pronunciar.

Cómo odio los claveles rojos que no debí traerte
y el mármol frío de la lápida
arañar a la memoria hasta que sangren las uñas
y los últimos ecos
de lo que no supimos pronunciar.

YUYUTALE MARTEÑO

© *Lopedesosa, noviembre 2008*
es.humanidades.literatura

He recordado en estos días de frío y nieblas matinales algún que otro cuento o sucedidos de cuando entonces. Uno de ellos me viene a la memoria pues lo oí en varias ocasiones a Adela Rosa, la viuda del farmacéutico de Martos, la chacha Adela, como me indicaba mi tita Nati que la llamara. Y con el pie forzado que nos dio hace semanas don Sap, tal cual lo traslado al foro como lo recuerdo y así cumplo con el yuyutale de tinieblas y difuntos.

“El coche de línea que unía --es un escribir-- Jaén con Martos, el de Ureña para entendernos, además de tener tres clases habilitaba para la tercera una opción dado el escaso número de plazas. Era viajar en la baca, junto a maletas, bultos, cestas y hasta un par de gallinas atadas por las patas a la barandilla. La familia de Juanito Contreras, que quería dar boato al entierro del abuelo encargó a la funeraria “la verdad” de Jaén un lujoso féretro, una caja con incrustaciones de limoncillo y una gran cruz sobre la tapa. El problema de llevarlo hasta Martos era la prisa y Ureña se

comprometió hacerlo en el día, pero en el coche de la tarde. Invierno, lluvia, frío y en Torrecampo un viajero ante la disyuntiva de viajar o no viajar, se subió a la baca y se guarneció dentro de la caja del muerto. Nada que le impresionara, que acababa de salir del campo de concentración de Miranda de Ebro y se las había visto más que gordas tanto en Brunete como en el Ebro. Pero eso es otra historia. En Torredonjimeno un par de viajeros que iban hasta Martos buscando trabajo en la aceituna allá por los pagos de Tramblin, también suben a la baca. Un poco moscas sí que iban con la caja del muerto como compañía, pero llegando a la Fuente Nueva, oyen una voz que venía desde el fondo de féretro:

--"¿ha parado de llover?".

La caída desde la baca hasta el suelo delante del cine de Trepaltares, revuelo, suspendida la sesión justo cuando los espectadores masculinos esperaban la escena donde Jane en compañía de Tarzán se bañaba con un sucinto "tapaeso", que no rabo sino lo opuesto. Y don Rufino certifica la muerte de los dos pero sin diagnosticar si la causa fué el susto o el golpe contra el empedrado. Del ocupante circunstancial de la caja nunca más se supo.

Por la memoria, Lope de Sosa.

DOLIENTES

© MAR, *noviembre 2008*
es.humanidades.literatura

Se les rompió el cristal en que probaron
el delicado elixir del sempiterno amor,
se les quedó difunto y fragmentado.

Pausadamente se han ido desgajando,
las manos se les han quedado huecas
y los ojos les sobreviven sin patria,
inquiiriéndose en la umbría.

Como niños perdidos se buscan
día y noche en pos uno del otro
por la furtiva estancia.

A pesar del tanteo sólo hay desencuentro
y se confrontan
como dolientes encariñados.

NOCHE DE ÁNIMAS

© José Puentes, noviembre 2008
es.humanidades.literatura

Borja salió del portal y todavía llevaba la sonrisa en los labios. Formaban un buen equipo, pero realmente sus compañeros eran unos pusilánimes; seguro que todavía estaban con aquellas caras horrorizadas cuando les sugirió la solución. Tanto debatir, tanto debatir..., y esa moda de la bioética suponían una pérdida de tiempo. Al fin y al cabo lo único que pretendían era tranquilizar sus conciencias y no buscar la verdad. Y en ese trabajo no podían ceder ni un milímetro pues habría al menos un centenar deseando ocupar sus puestos.

Unas niñas disfrazadas de brujillas perseguidas por una especie de esqueleto se cruzaron con él. Recordó la fiesta baile a la que estaba invitado. Ir de conde Drácula era un disfraz cómodo. Ya se peinaba igual, con fijador y para atrás, sólo cambiar de traje y unos dientes de quita y pon... Pensó que, al fin y al cabo, el remedio que les había sugerido para los miles de excedentes que tenían congelados

podría ser macabro lo suficiente para un día de las Ánimas como aquél. Volvió a reír para sí al recordar que a Ana, la enfermera, se le había caído la botella de agua y regó de arriba abajo al Dr. Ramírez, que pegó un bote hacia atrás como si fuese ácido. Que le gustaba más el vino, lo sabían todos, pero decirle que no imaginaba que fuese hidrófobo no le sentó nada bien... La reunión se había acabado en un silencio tenso que lo llenaba todo y ante el que Borja tuvo que disimular sus ganas de carcajearse.

Cruzó la calle dando unos pequeños saltos y alcanzó el autobús antes de que arrancara.

¿Por qué se lo habían tomado así? ¿Habitualmente manipulaban cientos al año y destruían muchos más que ya no se molestaban en congelar? De acuerdo que lo había dicho en broma, harto de tanta filosofía barata como se soltaba en aquellos encuentros, pero ¿acaso era un disparate? En el fondo no eran coherentes. Borja sólo creía en Borja Yáñez de Bertoa y en nada más. Pero los demás jugaban a tener algo más que su frialdad científica — esa asepsia moral que era imprescindible para triunfar en aquel campo—, y estaban encantados con aquellos debates que les hacían creerse que no eran unos simples técnicos amorales. Pero las virtudes de su propuesta les pasaban desapercibidas, y las tenía. No era tanto una mera solución como algo que podría reportar ingresos económicos. Aunque hubiera un fuerte rechazo inicial siempre habría ricos

interesados en el nuevo producto. Seguro que algunos hasta disfrutarían con ser estigmatizados socialmente por consumirlo... Además, ninguna fábrica por moderna que fuese podría equipararse en limpieza e higiene con la clínica... En fin, parecía un disparate, pero no lo era, y ni siquiera supieron ver el sentido del humor.

Unas horas más tarde Borja llegaba al Hotel Bristol con su atuendo de conde chupasangre. Hay que reconocer que no le faltaba elegancia y no solía perderla excepto delante de un buen caviar. Era superior a sus fuerzas. Parecía un nuevo rico que nunca lo hubiera probado y a veces daba un espectáculo por la enorme cantidad que era capaz de deglutir a pelo, sin añadidos y con una pequeña cucharilla. Hoy estaba de suerte. El cocinero era conocido, antiguo compañero del Ramiro, y preguntó por él nada más entrar en el vestíbulo. Antes que nadie, acompañado de su amigo, pasó revista a los espléndidos manjares que les tenían preparados. Y era evidente que el Club no había reparado en gastos para la ocasión.

Algunos socios que querían hacerse los importantes procuraban llegar los últimos, pero a Borja le encantaba ser de los primeros para ir observando con calma a todos los que llegaban, y en especial a las señoras. Era una de sus habilidades: saber quien estaba y quien no, y poder así relacionarse de la manera más conveniente.

Una hora más tarde el lugar estaba de bote en bote y Borja se encontraba extasiado disfrutando del caviar y de la compañía de Lola. Que su piel estuviera teñida de verde no hacía más que resaltar su escote ante los ojos del médico, que de buena gana renunciaría por ella a su manjar favorito, al menos por aquella noche. Hacia el otro lado de la mesa se acercaba un hombre lobo, más bien tripudo y algo bebiendo del que salía la voz del Dr. Ramírez:

—Yáñez, no sé como es Vd. capaz de comer eso tan ávidamente, después de la sugerencia que hizo esta tarde. Me revuelve el estómago...

—No beba tanto, amigo, coma algo y le irá mejor a su estómago —contestó Borja.

—¡Vean y escuchen, señoras y señores! El Dr. Yáñez de Bertoa ha encontrado la solución para todos los embriones humanos que tenemos congelados en los hospitales y las clínicas. —Añadió Ramírez mientras subía el tono de su voz y algunas personas comenzaban a mirar para ellos.

—No sea bobo, doctor, —comenzó a contestar Borja—, era una broma; debería haberse dado cuenta. Aunque después de todo tampoco es un disparate.

—¿Broma, disparate? ¿Qué juzguen los presentes? —respondió Ramírez dirigiendo su mirada a quienes les rodeaban. —Hervir los

embriones y enlatarlos como si fueran huevas de esturión o hacer paté con ellos. ¿Qué opinan? ¿Les apetecería probar ese manjar?

Un murmullo recorrió el entorno de los dos médicos y las miradas iban del uno al otro.

—Aparte de estar borracho, es Vd. un hipócrita, Ramírez. En los últimos veinte años cuántos ha mutilado, manipulado o destruido. Cuántos ha ordenado congelar por no poder implantarlos. ¿Acaso es peor cosa utilizarlos como alimento que hacer lo otro? ¿Acaso le parece más inmoral?

Algunos de los presentes se apartaron de ellos como de unos apestados y si no fuera por la música de la orquesta lo habría hecho la mayoría.

—Pero, ¿realmente crees en lo que dices? — Le preguntó Lola.

—¿Creer? Yo no creo, razono. ¿Cómo os cuesta tanto admitir una cosa y no la otra? No es químicamente diferente a este caviar, en lo fundamental, claro que variaría el sabor... — Pero Lola lo dejó con la palabra en la boca y se marchó de la fiesta.

—Es Vd. un monstruo, y supongo que nunca se aceptará semejante barbaridad. —Dijo Ramírez.

—¿Qué no se aceptará? Es Vd. un ingenuo,

doctor. Todo es posible con unos políticos que te ayuden, que controlen medios de comunicación y tengan unos buenos socios capitalistas. Ya se ha hecho antes. Cualquier cosa es susceptible de ser presentada como algo bueno..., o excelente.

—Es Vd. un vulgar Mengele y un cínico, y haré todo lo posible porque le echen del equipo. —Dijo el Dr. Ramírez mientras tiraba su copa al suelo y se daba media vuelta hacia la puerta...

—¿Qué me echen del equipo? ¡Pobre viejo...!

En aquella parte del salón se había formado un vacío en torno a los dos médicos y en su centro ya sólo quedaba Borja. Estaba entre divertido y molesto, pero se había marchado Lola y ahora sólo le quedaba el caviar y el vino que había tomado. Sacó del bolsillo los colmillos de Drácula y los dejó clavados en un pastel de cabracho que estaba sin comenzar. Vació la copa de un sólo trago, llenó un pequeño plato de caviar, cogió el abrigo y se fue a la calle tomándo las huevas con una cucharilla.

Las doce campanadas sonaron en una Iglesia cercana y Borja recordó que era la noche de ánimas. Malditos embriones, pensó burlón, si tuviesen alma, ¿cómo serían sus fantasmas? ¿Cómo puntitos grises en la noche? Tantos miles formarían una nube inmensa si salieran a pasear por la ciudad... Notó un escalofrío, tomó todo el caviar que quedaba en el plato y

lo tiró dentro de un contenedor. Se abrochó el abrigo y abrió las solapas en torno al cuello mientras caminaba en dirección al río por un callejón lleno de una bruma densa, casi granulada. Al poco de penetrar en ella dejaron de oírse sus pasos.

A la mañana siguiente la noticia recorrió la clínica. Lo habían encontrado a unas pocas calles de su casa. Llevaba ya unas horas muerto y nada pudieron hacer por él excepto la preceptiva autopsia. Ante el asombro de los forenses aparecieron sus pulmones llenos de huevas...

VIOLETA, LA HIJA DEL ENTERRADOR

© Sap, noviembre 2008
es.humanidades.literatura

Introducción

El poco conocido autor muniqués de literatura fantástica Gustav Schweinsgesicht (1876-1938) incluyó en su libro "Der grüne Hund und andere Horrorerzählungen", (Unrast Verlaghaus, Münster, 1921) el relato que presento a continuación: "Violeta, la hija del enterrador" ("Violett, die Tochter des Totengräbers"). Con posterioridad y a ruego de los editores, el relato fue eliminado en la siguiente y última edición de la obra. La crítica literaria de entonces justificó la ausencia señalando la nula calidad del mismo. Por el contrario, la crítica actual ha extendido el calificativo de "nula calidad" a toda la producción de Schweinsgesicht. Sin excepción.

Sea como fuere y sin entrar en consideraciones que ahora no vienen al caso, entiendo que "Violeta, la hija del enterrador" no deja de tener interés para el aficionado al género, ya sea por su condición de rara avis como por el hecho de no haber sido nunca vertido a nuestra lengua. Alentado por la convocatoria de los Yuyutales 08 lo presento a este ilustre cenáculo, señalando a este respecto que tanto la traducción del alemán como la adaptación al castellano son mías, así que Vds. perdonen. Sin más dilación, ahí va el resultado de mi trabajo...

Cuando el cielo premió a Leopold Sarg, enterrador de Cainsdorf en la región de Zwickau, y a su esposa Helga con la llegada de su primera hija, ambos tenían edad suficiente como para ser abuelos, y aun bisabuelos si apuran un poco. Hasta entonces habían sido tantos los rezos que dedicaron a Santa Beatriz, a San Ramón Nonato e incluso a la vieja diosa Frigg y durante tantos años, que éstos no tuvieron más remedio que compadecerse de ellos y admirando la paciencia y la fe inquebrantable del matrimonio, no solo les concedieron el favor que perseguían sino que el fruto de aquel amor ya invernado fue la criatura más preciosa que pueda imaginarse. Tanto, que decidieron ponerle por nombre Violeta, pues la belleza de la niña sólo a las violetas cuando se perlan del rocío matutino podía compararse.

A partir de entonces, la humilde morada de los Sarg se convirtió con este ingrediente deseado en un verdadero hogar, pleno de la dicha que proporcionaba Violeta con sus balbu-

ceos, sus risas, sus juegos y, a los pocos meses, con sus primeros gateos. Nadie pudo extrañarse que el otrora sombrío Leopold - sempiterno azadón al hombro, sempiterna pipa en la boca- atendiera su labor con la alegría que siempre faltó a su rostro. Hasta parecía tener que esforzarse para no dejar escapar una melodía silbada cuando, entre los deudos de algún fallecido, se echaba el sombrero a la nuca y paleteaba tierra a la fosa a la par que el sacerdote mascullaba un responso.

Otro tanto ocurría con Helga, solícita madre, a la que la pequeña Violeta no dejaba de colmar de satisfacciones. Pocos hubieran podido imaginar que la triste casilla que el matrimonio habitaba y que estaba situada dentro del propio cementerio, se ornaría con petunias en las ventanas, que el maderamen de su estructura refulgiría de barniz y que los paños de fábrica parecieran estar siempre recién encalados. Y es que si hubiera sido por Helga, hasta las dependencias anejas a la casilla, esto es, el depósito de cadáveres y la pequeña sala de autopsias, se habrían llenado de alegres cortinas bordadas y búcaros con rosas silvestres.

Mas como es universalmente sabido que la felicidad dura poco en casa del pobre, sucedió que apenas cumplido su primer año y durante sus tempranos intentos por echar a andar, Violeta dio muestras de una incipiente cojera a resultas de una malformación de su pie derecho hasta entonces no detectada. A este res-

pecto la consulta con el doctor Amelius Sandbuch, médico forense de la zona de Zwickau y aun de otras alledañas, pero vecino de Cainsdorf y por lo tanto, visitante continuo del cementerio y usuario de sus dependencias, dejó las cosas claras. Con la niña sentada en las rodillas y tras un meticuloso examen del piececito, el doctor emitió un diagnóstico que cayó como una lápida sobre los hombros de los atribulados padres:

-Queridos amigos míos, no quisiera ofreceros falsas esperanzas. Como facultativo me obligo a la verdad, y esta es que hoy por hoy la ciencia médica se ve incapacitada para corregir el defecto de vuestra hija. A pesar de los muchos avances, la moderna cirugía y aun la ortopediatria deben considerarse inútiles ante casos como este.

Muchas y amarguísimas fueron las lágrimas derramadas por Leopold y Helga tras escuchar la noticia. Ganados por la desesperación, el futuro para su hijita se les antojaba oscurísimo y es que al rechazo que ya venían observando hacia Violeta por parte de los habitantes del pueblo por el simple hecho de ser hija del enterrador, se sumaba ahora este contratiempo que si en otras latitudes no revistiera gran importancia, allí, en Cainsdorf, se convertía en enorme desgracia.

En efecto, por una parte, ya habían observado que pese a los disimulos de los habitantes de Cainsdorf, Violeta no era tratada con la de-

ferencia que en general se trataría a una criatura de tan excepcional belleza. Su natural simpatía, sus admirables ojos, tampoco parecían ser suficientes para derribar aquella barrera, que por su condición de ser hija del sepulturero del pueblo, se alzaba indestructible ante ella. Algo similar, aunque desde luego manifestado el rechazo colectivo con mayor virulencia, había ocurrido años atrás con Thomas Seil, el hijo del verdugo de Zwickau, un desgraciado muchacho que acabó marchándose del pueblo, incapaz de soportar el aislamiento al que le habían condenado sus paisanos.

Mas a la circunstancia de Violeta había que sumar ahora lo de su cojera, algo aún peor que ser hija de quien era pues en Cainsdorf existía una arraigadísima superstición que veía en todo cojo o coja a propaladores de la desgracia, a heraldos de la tragedia, y ello por culpa del archiduque Urwald von Pfofefuss, un noble de horca y cuchillo que dos siglos atrás había dejado indeleble memoria de sus fechorías y de la desolación que todo sufría a su paso, un verdadero hijo de Satán al que no bastándole cometer las más deleznales sevicias colectivas, dejó impreso para siempre su nombre como sinónimo del horror e hizo imperecedero el recuerdo de las mayores penalidades. La tradición apuntaba que el archiduque Urwald era cojo. Violeta, para su desgracia, también.

No es de extrañar por tanto la tristeza de aquellos padres al escuchar el dictamen del doctor. Ajena al sufrir de todos, Violeta esparcía los rayos de sol de sus ojos mientras jugueteaba con la alba barba del galeno, el cual, incapaz de contener las lágrimas de impotencia que le sobrevenían, sólo alcanzó a recomendarles persistencia en su fe y a ofrecerles el pequeño consuelo de los avances científicos.

-Quién sabe. De aquí a unos años tal vez surja una eminencia médica que. Existe en Zurich un sanatorio donde se están ensayando novedosos protocolos que.

Todo eran frases sin acabar. Las únicas posibles para un conocedor de las costumbres locales como el doctor Sandbuch que sabía que ante la cerrazón de los habitantes de Cainsdorf, la existencia de Violeta iba a ser muy difícil.

Así fue, y tanto las sospechas del buen doctor como la de los padres se cumplieron en los más crudos términos. Llegado el momento de buscar escuela a Violeta debieron vencer un sinnúmero de reticencias hasta que Fräulein Dunkel la admitió como alumna en su parvulario. Una vez allí y desde el primer día, Violeta dio muestras de poseer una singular inteligencia, lo que unido a su carácter bondadoso y a su simpatía, hizo que la maestra se decidiera a defenderla cuando a la hora del recreo era víctima de las crueles burlas y contundentes palizas de sus compañeros. La consecuencia de estos comportamientos no fue otro que, por un lado, el continuo ir y venir de Leopold y Helga a la escuela para expresar sus protestas por el trato que recibía su hijita y por el otro, sus auxilios casi diarios por restañar las heridas y hematomas con que cada tarde se presentaba Violeta en el cementerio. Todo fue inútil. Fräulein Dunkel se mostró impotente para gobernar a aquellos pilluelos al frente de los cuales se encontraba Joachim, el hijo del burgomaestre, en cuyas ame-

nazas proferidas en el recio dialecto de la tierra se podía resumir el calvario de la despreciada:

-Pus comu a mí me toque un pelu esa coja piojosa, le arreu un sopapu que la descabezu.

Un par de semanas fueron suficientes para que Leopold y Helga se resignasen a la evidencia, tomaran la decisión de mantener con ellos a Violeta y asumiesen la tarea de su educación entre los muros del camposanto. Para tal fin, la ayuda del doctor Sandbuch fue inestimable, pues siendo hombre de muchos y curiosos saberes, aplicó a sus paseos con la niña la máxima de enseñar deleitando y desde la botánica a la entomología, todas las disciplinas encontraron en la despierta inteligencia de la pequeña una receptora ideal.

Sin duda, el cementerio era un envidiable campo de trabajo, no sólo por la profusión de plantas y animalillos que servían de ejemplos vivos a las clases de ciencia natural, sino que las esculturas y bajorrelieves que adornaban tumbas y panteones se prestaban como ideales muestras para imbuir en la niña el amor a las artes. Con total simpleza pero con efectividad, el bastón del médico se convirtió en el cálamo con que se ayudó para las clases de escritura haciendo de la tierra encerado, una práctica para la que Violeta demostró asombrosa capacidad. Algo similar ocurrió con la lectura, donde las inscripciones de las lápidas

sustituyeron con ventaja las toscas cartillas de cualquier escolar al uso. Con no poca paciencia en un principio -paciencia que se vio recompensada en pocos meses- el doctor supo guiar a su alumna en el aprendizaje de la lectura aprovechando cualquier epitafio a los que les llevaba su peripateia sin importar que interrumpiera, por ejemplo, una sencilla exposición sobre la vida de las abejas. El bastón del galeno señalaba y Violeta se aplicaba en la labor:

-Ma... ria Bächle fa. fa... falle. fallequió.

-No, no, Violeta, no es fallequió, es falleció. La ce con la i es ci, no qui.

Y la niña continuaba tras la corrección con el buen talante de siempre:

-Tu. hi.go. Tu higo.

-No, no, Violeta, no es tu higo.

-Tu. ¿Tu jigo?

-Tampoco es jigo, Violeta. Es "tu hijo". "tu hijo no te olvida". la jota con la o es jo, no go y la hache no se pronuncia.

Transcurrían así los días, con paseos bajo los sauces o al abrigo de la chimenea cuando el mal tiempo imposibilitaba la enseñanza al aire libre, aunque tampoco desdeñaba el doctor el tomar como escenario docente la sala de autopsias y aun el depósito. De todo ello se sirvió para insuflar en Violeta el soplo del pensamiento más racional; siendo así que desde sus primeros años la niña aprendió a con-

vivir con la muerte con toda naturalidad, observándola y asumiéndola sin rastros de miedos ni de trascendencias. Tanto es así que cuando "Nicho", el viejo perro de aguas de la familia, escapaba despavorido de las amenazas de Leopold llevando entre los dientes el páncreas o un trozo de hígado o un riñón de los autopsiados, Violeta daba rienda suelta a los cascabeles de su risa y protegía al perro tras sus faldas:

-¡Demonio de perro! ¡Un día te voy a partir el alma, maldito! -rugía Leopold levantando el azadón sobre su cabeza. Acción que de inmediato detenía la niña respondiendo con candor:

-No es nada, papá. Ven, "Nicho". aquí, "Nicho". ¿Ves? Ya se la he quitado.- y en efecto, entre juegos con el perro, devolvía la víscera al cubo de cinc del depósito con una naturalidad que desarmaba a un padre que, pensativo, se pasaba la mano por la barbilla hirsuta y daba grandes chupadas a la pipa. Luego, por la noche, en la cama con su esposa, le comentaba a esta sus inquietudes:

-No sé Helga si le estamos dando a nuestra hija la educación apropiada. Se encuentra tan sola. y este doctor Amelius que tal vez le esté llenado la cabecita de pájaros, de herejías.

-No, Leopold. Las enseñanzas del doctor serían un privilegio para cualquier niño, pero por otra parte considero que no son suficien-

tes para cubrir su principal carencia: Violeta, más que otra cosa, necesita amiguitos - concluía Helga con preocupación (Helga, como se ve, era una mujer muy bien hablada porque leía mucho y provechosamente a Goethe).

Así era. Salvo por la compañía de "Nicho" y del doctor Amelius, Violeta crecía como el más bello de los crisantemos y la más fragante rama de ciprés. pero sola. Mas tal privación la supo solventar Leopold la tarde que decidió exhumar el cadáver de un bebé de apenas unas semanas y que le había parecido un sol dormido cuando abrieron por un momento la cajita para dedicarle el último adiós. Aquella misma mañana, mientras procedía a darle sepultura entre los miembros de una acongojada familia deshecha en llanto, fue fraguando la idea. "Total", pensó, "ya que no va a ir al cielo por no estar bautizado, bien podría servirle de juguete a mi Violeta". Horas después, ayudado por el negror de la noche, llevaba a cabo su proyecto tras haberlo consultado con su esposa. No le costó mucho esfuerzo deshacer el trabajo efectuado por la mañana y descerrar la tapa del pequeño ataúd con el filo de su azadón. De entre las tablas extrajo entonces a aquel niño que parecía dormir. Iluminadas por la lámpara de carburo, también aparecieron impolutas sus mantillas blancas y fresco aún el colorete que habían aplicado a las mejillas.

No puede describirse el contento de Violeta cuando a la mañana siguiente su padre le hizo entrega del regalo, aunque bajo la rigurosa promesa de no decirle nada al doctor, que tal vez no llegara a entender las necesidades de la niña. Por fin tenía el compañero de juegos que tanto anhelaba sin importarle su mudez ni su frialdad. "Le llamaré Chip" anunció Violeta a unos padres que contemplaban con arrobó el trío formado por su hija, el perro y Chip.

Ni que decir tiene que aquel primer amiguito, no pudo cumplir sus funciones más allá de cuatro o cinco días, por mucho que Violeta -sustituyendo el agua de colonia- lo rociara con el formol que guardaba el doctor Amelius en la sala de autopsias. Acostumbrada tanto por las lecciones del galeno como por sus incursiones en los gélidos dominios de éste y el conocimiento de sus huéspedes, nunca le dio importancia a la especial condición de Chip y mucho menos le causó aprensión. Mas con todo, cuando al rigor mortis sucedió la laxitud, la cianosis generalizada y los evidentes

síntomas de descomposición, el desconsuelo de Violeta sólo encontró fin cuando Leopold, mientras volvía a enterrar al pequeño, le aseguró que en días sucesivos, nuevos amiguitos ocuparían el puesto dejado por Chip.

Así fue. Y a Chip le siguieron Chop, un niño de dos años gordezuelo como un lechón, Chap, Chup y Chispita, una chiquitina de rubios tirabuzones que por extrañas condiciones de su naturaleza consiguió permanecer casi una semana en compañía de Violeta. A todos los vestía y los desvestía, intercambiaba ropas, les cantaba nanas o los regañaba con esa diligencia que muestran las niñas cuando juegan a las mamás. Pero nada gustaba más a Violeta -cuando coincidía tener a varios de aquellos muñecotes juntos- que apoyarlos en un muro y jugar a la maestra imitando las actitudes del doctor Sandbuch, o darles de comer papillas de tierra y agua hasta que se les salía por entre los dientecillos de leche. Incluso para dotar de mayor realismo a su pandilla, aprovechó sus conocimientos botánicos y poniendo sobre los párpados de cada niño un poco de la resina que rezumaban los cipreses quedaban pegados, consiguiendo de esta manera que permanecieran con los ojos abiertos aunque eso sí, con expresión espantada, mirando sin mirar pero, lo que era mejor, sin importarles la cojera de la niña y su procedencia. Cuando el sol les daba de cara en la primavera maravillosa en que Violeta cumplió sus diez años, nada hubiera deseado más que inmortalizarlos en un daguerrotipo.

Por supuesto que resultaba doloroso deshacerse de sus compañeros en cuanto comenzaban a estropearse, pero quiso la suerte que la epidemia de gripe española que se extendía por Europa cubriese con su velo negro la región de Zwickau. Aquella circunstancia, que en tantos hogares sembró e hizo germinar la desgracia, proporcionó a Violeta una inagotable fuente de amiguitos muertos. Curiosamente, el doctor Sandbuch jamás estuvo al tanto de aquellos esparcimientos puesto que en cuanto se anunciaba su visita y tal como sus padres le habían ordenado, Violeta escondía los cuerpos en la caseta del fiel "Nicho" (que no dejó de protagonizar varios estropicios), y pasaba con el doctor a la sala de autopsias a recibir sus lecciones.

Fue por aquellos días de lluvia incesante cuando el buen galeno realizó los primeros intentos por corregir la cojera de Violeta. Un prestigioso colega suyo de Frankfurt, abundando en una larga relación epistolar, pudo proporcionarle los planos para fabricar un aparato ortopédico de avanzado diseño. Con la colaboración de uno de los herreros del pueblo y del viejo Hausschuh, el competente zapatero de la Birnestrasse, consiguió realizar un prototipo que sobre lo artesanal era de basta apariencia, pero suficiente como para probarlo sin descanso en el pie de Violeta. La niña daba unos pasos arriba y abajo de la sala, era observada y volvía a sentarse para que el doctor procediese a ajustar la tornillería, el

correaje o el ángulo de las pletinas. Muchos de estos ensayos tuvieron como espectadores a unos embelesados Leopold y Helga, que contemplaban los progresos de su hija con los ojos empañados por la emoción y con un agradecimiento hacia Sandbuch que llevaba a ambos a besarle las manos. Luego, cuando marchaban a sus labores y después de largo rato de prácticas, el doctor quitaba el zapato con arneses y teniendo a la niña en sus rodillas aprovechaba la soledad para dar paso a una conversación que se venía repitiendo desde hacía semanas:

-¿Quieres un caramelito, Violeta? Ya sabes que tengo muchos caramelitos para ti si te portas bien- le preguntaba acercando mucho su cara congestionada por el aguardiente a la carita de porcelana de la niña.

-¡Uno de fresa, quiero uno de fresa Herr Sandbuch! -exigía Violeta agitada por la impaciencia.

Mientras la niña desenvolvía la golosina de su papel encerado, el médico, que a duras penas podía contener una respiración convulsa hecha de pequeños estertores, acariciaba el aparato ortopédico y seguía más arriba, más arriba, palpando bajo la falda los muslos de Violeta que, a su edad, comenzaban a adquirir formas definitivamente femeninas.

-No le habrás dicho nada a tus papás de los caramelitos, ¿verdad? Ni de los masajitos que

te doy para fortalecerte las piernas y lo demás, ¿verdad, pequeña?- continuaba el doctor al que el acaloramiento había obligado a desprenderse de la chaqueta y a desabrocharse el cuello de celuloide.

-No, no les he dicho nada- decía la niña pasándose con gusto el caramelo de un lado a otro de la boca, mirando distraída y quieta las moscas que revoloteaban sobre algún ocupante de la marmórea mesa de autopsias.

-Así, así me gusta, Violeta. Ya sabes que también he descubierto el secreto de tus amiguitos, ¿verdad? Y que podría quitártelos y meterían a tu padre en la cárcel por insensato, ¿verdad?- seguía el médico, entrecortando con pequeños jadeos su discurso -Y ahora, verás, verás... tengo una sorpresa para ti, un caramelo nuevo... bueno, no es exactamente un caramelo, pero estoy seguro que te va a gustar mucho...

Y el doctor, ponía a la niña en pie y él mismo se levantaba de la silla resoplando y pasándose su enorme pañuelo por la frente que exudaba fuego. En el mismo momento de meter el pulgar en la cintura del pantalón, un oyente atento podría haber entendido las palabras que nacían temblorosas y salían sordamente atropelladas entre sus dientes: "A ver si van a creer ese palurdo de Leopold y la redicha de la madre que mis desvelos para con su hija, mis clases y mis experimentos van a salirle gratis. Están listos".

Cuando el doctor Amelius Sandbuch abandonaba minutos después la sala de autopsias con la chaqueta echada al brazo, terciada la chistera, un habano recién encendido en la boca y haciendo molinetes con el bastón, Violeta quedaba planchándose la falda con las manos, arreglándose los lazos de las coletas y deseosa como nunca de volver a la caseta de "Nicho" a recuperar a sus amiguitos. Las moscas, indiferentes como el cosmos a lo humano y sus pasiones, seguían revoloteando sobre algún cadáver.

Durante algunos años se fueron sucediendo aquellas prácticas, atenazados sus protagonistas por una de las mayores fuerzas que se conocen, la de la costumbre. Pero a esta fuerza, con ser poderosa y estar aliada con un tácito acuerdo que beneficiaba a todos, supo hacerle frente, desarmarla y vencerla otra fuerza aún mayor, la del amor.

Fue así que apenas cumplidos los quince años (atrás quedaron sus compañeros de juegos, hospedados en ese espacio que la mente destina a los recuerdos entrañables) y secretamente embarazada de dos meses, a Violeta le atrapó por vez primera el loco torbellino que hace girar el mundo y entre sus espirales le fue dada a probar la miel de locura que a todos desboca el corazón, mas como no podía ser de otra forma fue la casualidad quien trajo a su vida al destinatario de sus suspiros.

Claro que Violeta, en la distancia, había conocido a jóvenes de su edad, pero eran muchachos que formaban parte de la comitiva que acompañaba algún sepelio; muchachos tristes a los que el dolor anegaba en lágrimas,

muchachos taciturnos a los que la soledad próxima les prestaba rictus de amargor. Fue por eso que cuando descubrió el semblante tranquilo de Thomas, con ese perfil que parecía irradiar la paz más completa, la niña quedó rendida de amor a los pies de la mesa. Porque fue allí, en la mesa de autopsias donde Violeta encontró al que consideró dueño de su persona y de su voluntad.

Era una soleada mañana de otoño, de esas que consiguen derretir las primeras nieves sin mucho esfuerzo. Violeta, ocupada en limpiar los cristales de la vitrina donde se guardaba el instrumental forense, tarareaba una canción mientras el fiel "Nicho", ya ciego por la mucha edad, olisqueaba por los rincones en busca de cualquier restillo que pudiera echarse a la boca. Acostumbrada como siempre estuvo a todo lo relacionado con la muerte, Violeta no reparó en el nuevo inquilino que esperaba su turno hasta que una mano que asomaba bajo la lona que cubría el cuerpo llamó su atención. Una mano delicada a pesar de cerrarse en un puño que sugería fuerza y decisión. Violeta dejó su labor y curiosa, levantó por completo la lona de gutapercha descubriendo así al más bello mancebo que todas las imaginaciones del mundo puestas a imaginar a la vez la belleza, no consiguieran. Suspensa por la admiración, no pudo reprimir un hondo ay porque jamás en su corta como desgraciada vida se le había dado el contemplar tanta maravilla junta. Y es que el galán, aunque cadáver, conservaba todas las gracias que pudiera

exigir una muchacha en edad de enamorarse. Sólo estropeaba un poco la visión el amoratado collar que le ceñía el cuello, señal inequívoca del origen de su muerte; pero por la misma circunstancia, para Violeta, hecha ya a los hábitos del doctor Sandbuch, este doncel presentaba la ventaja de ofrecer a la vista un "caramelito" (como ella llamaba a lo que a diario le ofrecía el doctor) de unas dimensiones y turgencias que solo el efecto vasoconstrictor que proporciona una soga en torno al cuello y un salto, pueden conseguir.

Un rato después, Violeta conoció la noticia de boca de su madre.

-Pobre muchacho y pueblo maldito este, verdadero culpable de que tras años de rechazo tomara la fatal decisión. (Helga leía por aquellos días el Werther).

-¿Qué ha ocurrido, mamá? -recabó una llorosa Violeta.

-Thomas Seil. Tú no lo conociste. Volvió a Cainsdorf creyendo que la gente lo habría olvidado o que al menos habría perdonado su condición de ser hijo del antiguo verdugo. Pero no fue así. Ayer, cuando fue obligado a abandonar la cervecería de la Oca Roja, tomó el camino del bosque y se ahorcó de un roble.

-¡Oh, mamá, cómo puede ser la gente tan cruel!... Pobre Thomas, lo siento tan cercano a mí.

-Claro, hija. En cierta forma habéis sido almas gemelas. Desgraciado muchacho. Esta tarde vendrá el doctor para efectuarle la precep-

tiva autopsia (¡cuánto aprovechaba Helga sus lecturas!)

¡Y cuánto alarmó aquel anuncio el ánimo de Violeta! Tanto que, desatendiendo sus tareas, pasó el resto del día velando el cuerpo amado, intentando aprovechar la belleza intacta antes de que fuera destrozada por los artilugios del doctor Sandbuch. Decidida, Violeta depositó un beso en los yertos labios del muchacho. Su primer beso de amor. Fueron luego incontables los que siguieron.

Horas más tarde el doctor, que entró en la sala silbando despreocupado a la vez que se subía las mangas de la camisa dispuesto a comenzar su trabajo, sorprendió a la niña acariciando el negro pelo del cadáver en medio de débiles sollozos. Una descarga eléctrica, magnética, telúrica incluso, le recorrió la espina dorsal y, nublada la vista, tuvo que apoyarse en una silla para no desplomarse. El impacto recibido no fue tanto el no haber advertido aquella presencia, sino algo más terrible, la certeza de que Violeta ya no le permitiría nunca más la entrada a su alma por muchos que fueran sus desvelos ensayando ortopedias, y la constatación de que a sus ojos se había convertido en un anciano vencido de repente por el enemigo más temible en asuntos de amor: la juventud, aunque esta se manifestara en un cadáver. Así que después de recuperarse de la impresión, tanta fue la rabia acumulada en el estómago que estalló en su boca disparando formidables maldiciones a la vez que

amenazaba a Violeta blandiendo el bastón. La pobre niña huyó despavorida de la sala de autopsias para abandonarse al llanto en el refugio de su propia cama. Más tarde y aleccionados por el médico, que dotó al episodio de características monstruosas, Helga y Leopold no solo no prestaron consuelo a su hija sino que por el contrario la obligaron a mantener su encierro en tanto Sandbuch no acabara con el asunto de Thomas Seil.

No había nada, no podía existir nada que pudiera paliar el dolor de Violeta, la noche se le antojaba eterna y el sueño ni era ni podía ser tampoco remedio a su locura. Mas todo llegó a tal punto que Violeta, desobedeciendo los dictados de la prudencia y decidida a eliminar cualquier otro valladar que se le hubiera puesto por delante, abandonó la cama impulsada por el enérgico resorte al que el amor presta toda su fuerza, y echando sobre sus hombros las propias mantas del lecho se dirigió donde reposaba el propietario de su corazón.

Thomas Seil, aserrada la bóveda craneal y descerebrado, con una enorme i griega pespunteada con cordel de coser sacos marcando su torso y abdomen, presentaba además un limpio tajo en el pubis, el que le había practicado un doctor Sandbuch que presa de los celos, resolvió cercenar la tersa masculinidad del muchacho. Ninguna de tan espeluznantes circunstancias alteró un ápice el ánimo ni los propósitos de Violeta. Las lágrimas que se

deslizaban por las rosas de sus mejillas no advertían de una pasajera debilidad. Eran purísimas lágrimas de amor.

Se desnudó por completo y estremecida primero por el frío de la estancia y por el contacto con el mármol después, se tendió junto al cuerpo de su amado, abrazándolo y llenando de besos la terrible herida de su cuello. Después, como amante que buscara mayor intimidad a su relación, encontró cobijo en su hombro apoyando dulcemente en él su radiante cabellera. Acto seguido, deslizó sobre ellos la lona hasta que los cubrió enteramente.

A la mañana siguiente, alarmados por la ausencia de la niña, Leopold, Helga y el propio doctor Sandbuch que llegó a primera hora, entraron en la sala de autopsias. Bajo la mármorea mesa, lo primero que llamó su atención fue un botecillo de cristal azul cobalto que reflejaba el rayo de sol que penetraba por el tragaluz.

-¡El preparado de arsénico para los embalsamamientos! -informó el médico cuando Leopold, asaltado por el más negro de los presentimientos, procedió, con un gesto resignado pero decidido a la vez, a alzar la lona. Ante los ojos de todos quedó al descubierto el conjunto que formaban los jóvenes amantes. El horrísono grito de Helga precedió al desmayo de su marido y al ataque de apoplejía que finalmente acabó con la vida del doctor Sandbuch.

A la misma vez que se desarrollaban estos sucesos, a los pies del roble donde Thomas se ahorcó, abonada la tierra con su líquida y viril juventud, desplegaba sus primeras hojas una planta de mandrágora.

FIN de "Violett, die Tochter des Totengräbers".
© Gustav Schweinsgesicht, 1920.
© por la traducción y adaptación, Sap, 2008.

MIEDO

© *Sebastián, noviembre 2008*
es.humanidades.literatura

Era el primer día, y el chico supuso que ya se acostumbraría. Miraba por la rendija y, si ésta se alejaba del ojo por algún movimiento de la caja, veía un campo muy reducido y podía dejar de ver el escalón de las aceras u otras cosas.

Era el primer día.

A él le habían mandado que no se saliera del Paseo de la Castellana, y la furgoneta que los distribuía lo había dejado en su comienzo. Luego él se pasó en seguida al paseo central, y sintió una pequeña alegría al ver que allí se podría mover a su aire y sin obstáculos. Era suficiente con que la gente lo viera.

Era el primer trabajo que conseguía, en este mundo nuevo, lo que le llevó a pensar en su pueblo de Mbaké y en el río Sine, aquel río de siempre. Lo pensaba a la vez que percibía, en el interior de la caja, las continuas idas y venidas y el calor de su aliento. Ya vería. También pensó en otros compañeros que, tras un tiem-

po de trabajar en este mismo sitio, ahora repartían papeles de propaganda que dejaban en las entradas de las casas o en los mismos buzones.

Decían que ese trabajo, comparado con el de hombre anuncio, era un trabajo más digno. Él apenas se daba cuenta de estas cosas, pues el viaje oscuro y espantoso, casi siempre presente, que lo llevó a esta nueva vida, borraba mucho estas impresiones. Era como si le estuvieran prohibidas.

Pero caminaba inseguro, en el ancho paseo. Le parecía pisar, lejos de las llanuras de Senegal, una tierra que no lo reconocía. No era más que un extraño. Esta sensación se hacía todavía más fuerte si extendía la vista a los dos ríos de coches, de uno y otro lado. Esto lo había sentido desde su llegada. Aquí los coches, siempre apretados y con una rapidez obsesiva, venían a imponer un ritmo para él desconocido y que le daba una especie de vértigo. Todo el mundo corría hacia. Luego le extrañaba, por otra parte, ver a gentes que iban simplemente a pie, a gentes que hablaban o paseaban. Todo eso lo hacía sentir en vilo, y no sabía imaginarse cómo un día podría ubicarse, en medio de aquello, su vida. En este sentido sentía miedo.